

Mariano Latorre

El huaso y el gaucho en la poesía popular



DESCRIPCIONES de la vida chilena existen en corridos, décimas y cuartetos, ya sea a lo divino, según se tratase de asuntos religiosos, herederos de los villancicos y nadales españoles y a lo humano, naturalmente los más típicos, que pintaban en forma directa asuntos de la tierra, hechos personales, peleas en que un guapo mantenía a raya a varios contendores, reos en capilla, asesinatos alevosos o hechos sobrenaturales como ese de las culebras que salieron del río Carampangue y tenían cuarenta metros de largo.

El escenario eran las fondas y chinganas, tanto en las afueras de la ciudad como en los campos, en fiestas patrióticas, las del Diciocho, después de la Independencia y las religiosas en la época colonial.

Hubo innumerables poetas y cantores en esta época de abundancia de la vida chilena, en que no existía la miseria y el alimento era algo paradisíaco, pues la carne, el trigo y la fruta casi no tenían valor.

El elemento dramático no existía. Nuestras revoluciones fueron pasajeras y por la configuración de Chile, el huaso no representó ese papel simbólico que tiene el gaucho en la pampa argentina o el llanero en la sabana de Venezuela.

Tales corridos y versos se han perdido en su mayor parte y si alaban a Rodríguez o a Neira o a los caudillos posteriores como a Pedro León Gallo, son tan ocasionales que no alcanzan a reunirse en torno a una figura central que exalte un valor típico de raza, como el huaso, inquilino o caballero, como el roto o siquiera como el bandido en su significado romántico de rebeldía en contra de la ley, en contra de los poseedores de la tierra.

La idea existe, sin duda. Ahora anónima, pues basta que un hombre muera en el campo o en una calle de la ciudad en forma violenta, para que el pueblo lo considere como un héroe o un santo y encienda velas en su recuerdo. Su trágico fin ha conmovido la inagotable bondad de Dios y por este hecho, será un abogado leal y generoso que intercederá por los que le han prendido una vela, en el sitio donde su alma santificada voló al cielo.

Imagen dignificada por la imaginación popular del gestor que, en la vida real vivirá cómodamente de la *coima* por pequeños servicios prestados al campesino o al aldeano, ignorante de los más mínimos procedimientos de la ley.

Hay, pues, una fatalidad lamentable en la evolución de la poesía popular de Chile.

Existe el manuscrito de una célebre palla entre el joven hacendado don Javier de la Rosa y un mulato, Taguada, que puede situarse más o menos en la primera mitad del siglo XIX.

Es quizá el único resto de este tipo de poesía popular que hay en Chile, pero es suficiente si nos queremos dar cuenta de por qué la palla no formó en nuestro país un fondo nacional, una atmósfera poética, capaz de crear tipos representativos como en Argentina o en España.

Aparece la figura del payador mestizo Taguá, Taguao o Taguada, que alude al color oscuro de su piel, el mismo de la tagüita de las lagunas y remansos de los ríos de Chile.

Se le llama mulato, en mi concepto no porque tenga algo de negro, sino por el color obscuro de la piel, muy frecuente en los campesinos de origen indígena de la cordillera de la costa, donde el mulato no fué común ni constituyó un tipo racial como en Aconcagua y en Santiago, abundante en cuarterones y octavones llamados *pardos* y *callanas* por el pueblo.

En el transcurso de la palla no vuelve a hablarse del mulato; al contrario, cuando su contendor lo ataca, llámalo *tordo maulino* y este sólo calificativo aleja la idea de mulato y sitúa claramente al payador costino en la provincia de Maule.

El perfil de Taguada es aquilino. Torvos y brillantes sus dos ojos negros, como dos granos de maqui maduro. Cerdoso el pelo. Es pequeño de estatura, pero ancho de espaldas y duro de músculos como los boldos morenos y los recios espinos.

Había adquirido una reputación casi fantástica en los campos del valle central por la facilidad asombrosa de su versificación y por su gracia agresiva y picante. Y por su calidad de triunfador en amores. El tipo del tenorio popular, inconstante y cruel con la hembra conquistada que se deja arrastrar por el atractivo de su vida vagabunda y por la apariencia de riqueza que revelan sus prendas personales. El atavío de montar, la manta coloreada, las espuelas resonantes.

Hay que hacer hincapié en que el payador chileno no usó la guitarra nunca. La consideró siempre instrumento femenino y con frecuencia era una mujer la que acompañaba la melopea de los versos y de los corridos en guitarrones y rabeles que, a veces, eran tocados por hombres:

Afirma bien tus alambres
y hace bien el posturoo,
y háceme sonar los deos
en ese guitarrón grande, ordena el payador.

El mismo tiene la vanidad de su profesión, la prosopopeya de su carrera triunfadora:

Yo soy Taguada el maulino,
famoso en el mar y en tierra,
en el Huasco y en Coquimbo,
en el fuerte y en ciudadela.

No hay más datos de su vida anterior. Un negro muro oculta su pasado. Ni en tradición ni en documento alguno, fuera de estos versos octosilábicos en que se desarrolla su contrapunto con don Javier de la Rosa, existe nada que recuerde el pasado del tordo maulino ni del abajino don Javier de la Rosa, su rival y vencedor.

Y del uno y del otro debió ser el pasado algo digno de conservarse en el folklore.

Sólo se consigna, como un epitafio, la palla trágica en que termina para siempre la carrera de Taguada, así, sin el nombre de pila, con el apodo y por esto mismo, con un hondo símbolo de su orfandad de hombre de pueblo, de huaso cambiado en peón suelto o roto por el vagabundaje.

Don Javier de la Rosa también define su personalidad como su rival:

Yo soy Javier de la Rosa,
el que llevo la opinión,
en Italia, en Inglaterra,
en Francia y en Aragón.

Es a todas luces un hacendado o hijo de hacendado que, desde niño y siguiendo la tradición de los hacendados chilenos coloniales, ha tenido contacto con los campesinos y ha absorbido, inconscientemente, sus costumbres y sus cualidades, agre-

Mi don Javier de la Rosa,
por lo reondo de un cerro,
ahora me ha de decir
cuántos pelos tiene un perro.

Y para el golpe el contendor:

 Habrás de saber, Taguada,
por lo derecho de un huso,
si no se le ha queido ni uno
tendrá los que Dios le puso.

Se ve, pues, con claridad, que el «pueta» culto utiliza el sentido popular y desconcierta a su rival, agregando los medios de su cultura.

La palla, como ya hemos anotado, parece ser el final del duelo entre los dos payadores. Da la impresión que de todo el desafío (según la tradición, duró hasta la medianoche) sólo persistió el desenlace en la tradición popular, el que posiblemente recogió algún folklorista aficionado.

En el caldeado ambiente de la chingana campesina, Taguada empieza a dar señales de cansancio. El sudor resbala por su cara morena, mientras la rabia aviva los tizones negros de sus ojos.

Los chonchones humeantes, retorciendo sus lenguas rojas, convierten el óleo de la tarde en una aguafuerte tétrica, donde las cabezas ávidas de los huasos recortan sus líneas toscas, sus pómulos de bronce, el cardo blanquinegro de sus barbas.

Sus respuestas son francamente agresivas e insultantes. La cólera estalla en sus palabras y al preguntarle don Javier de la Rosa que, al finalizar la palla, ha tomado la ofensiva:

 Que confieses tu ignorancia
estoy esperando yo,

hasta cuándo te pregunto,
deja el campo o yo me voy.

Responde Taguada fuera de sí:

No me preúnte leseras
que yo no pueda saber,
dígaselas a su madre
que yo no lo aguantaré.

Y los espectadores, con ese espíritu de justicia tan frecuente en las decisiones populares, en medio de animadas discusiones y comentarios ruidosos, dieron el triunfo al payador caballero que se vió rodeado de admiradores, de amigos y de campesinos que lo felicitaban.

Taguada, sin hablar, la cabeza hundida en los hombros, abandonó el improvisado salón de la chingana y se hundió en la noche que argentaba levemente el polvo de las estrellas.

Sin atreverse a molestarlo, algunos amigos lo iban siguiendo de lejos. Tomaba el camino del sur, quizá evocando la situación geográfica de su lejana aldea maulina como la bestia herida, busca la madriguera para morir.

De pronto, su figura que se recortaba negra en la claridad aérea de la noche, se dobló hundiéndose en la tierra y en la sombra.

Acudieron a socorrerlo sus amigos, suponiendo una fatiga por el cansancio de la lucha, pero el payador se había clavado su corvo en el costado y agonizaba, sangrando, en la indiferencia de la campiña, ya fría con las escarchas otoñales.

Encuentro aquí un símbolo, dado por la misma realidad, por el fatalismo del hecho social. La sola transcripción del testigo o aficionado folklórico con escasas adiciones, es ya la interpretación del problema del campo chileno.

Vemos, desde luego, la diferencia con el Santos Vega o el

Martín Fierro, para no citar sino los dos poemas fundamentales de tipo gauchesco.

En los poemas citados, los payadores son vencidos. En el primero, por el diablo, único superior al payador por sus recursos sobrenaturales.

Siente la humillación de su derrota y rompe en su muslo la guitarra; pero sin que por un instante pase por su mente la idea del suicidio.

En el segundo, se escapa de nuevo a la pampa, pero su vida no termina ahí. Incluso, deja una familia que defiende su retirada y lo ve perderse, poco a poco en la llanura, limitada por el arco cristalino de la atmósfera austral.

Hay, pues, un sentido de supervivencia, un esfuerzo por reajustarse al final de la edad madura al medio en la cual transcurrió la mejor parte de su vida. El patrón, en tal aventura, no ha intervenido para nada, ni en su derrota ni en su triunfo. El señor sigue en su estancia lejana, impotente para perseguirlo o castigarlo.

En lo tocante a Chile es, precisamente, un caballero, el dueño de la tierra, el descendiente del encomendero el que lo ha vencido y lo ha humillado con el perfeccionamiento de sus mismos medios.

Taguada, lleno de sentimiento, envenenado por su derrota y por el fin de su reputación de payador, no encuentra otra solución que clavarse su puñal y desangrarse a la orilla del camino, que recorrieron sus ojotas andariegas.

Y la explicación es, para mí, muy clara.

Taguada representa al pueblo chileno, al inquilino y al roto, forma urbana de él mismo, huérfano en la tierra que él mismo ha cultivado y en las industrias en que su brazo intervino favorablemente.

El alcoholismo y el robo, el cuatreroismo y el asesinato no son sino desviaciones de una vida sin porvenir y sin alegría, en una palabra, un suicidio colectivo.

Y esto mismo ha destruído su característica heroica, ya probada en las guerras del siglo pasado y en la influencia que estos mismos huasos, en el florecimiento de las minas de Chañarcillo, tuvieron en los campesinos de Salta, Tucumán, hasta la sierra de Córdoba, que es algo así como el límite de la llanura pampeana.

Y en tal forma esta influencia era visible que el mismo Facundo Quiroga, de la Rioja, al entrevistarse con Rosas, vestía, según documento de la época, una chaqueta roja y un pantalón blanco. Llevaba en el brazo un poncho y se cubría con un sombrero chileno.

En la palla entre el joven Javier de la Rosa y el mulato Taguada, como en la realidad económica, el señorito es el vencedor.

Y no es extraño, entonces, que el huaso en menor escala y el roto especialmente, se desplace en busca de mejor o peor fortuna desde Challarcillo y California hasta la salitreras y los minerales de cobre, instalados por empresas norteamericanas en los últimos tiempos.

Vemos así que el sentido épico de la primera etapa de poesía popular, el que pudiéramos llamar, siguiendo a Ricardo Rojas con el nombre de *mester de huasería*, vaya derivando en los poetas populares posteriores en una narración casi personal y desolada, lirismo triste fundido en la décima o el romance de tipo objetivo, donde la amargura de la raza estalla en gritos doloridos o arranques de rebeldía.

Las razones, ahora, encierran un claro ataque al patrón, en forma de ironía que recuerda la creación de Hernández en el viejo Vizcacha de Martín Fierro:

Mis espuelas son de plata
las de mi patrón de fierro;
a él le pasan veinte reales
y a mí ocho reales y medio.

Así habla un campesino, poeta trashumante de la campiña.

En el poeta que abandona el fundo por causas ya explicadas y va de gañán a las salitreras, se despierta violentamente su sentido de clase y su poesía es francamente revolucionaria, como en Francisco Pezoa, autor de una canción que ha pedido prestada a la zarzuela la música con que se acompaña:

Yo canto la buena nueva
y el país del buen acuerdo,
donde es común la faena
y común también el premio.

En donde todos alcanzan
un rincón del prado ameno,
en donde hay pan para todos
y para todos hay besos.

Ya no se canta con guitarrón, ni con rabel, dice Acevedo Hernández, que ha estudiado a fondo la poesía popular chilena. El instrumento está en el propio corazón y es un grito amargo de protesta.

Repunta así la tradición, en poetas populares como Bernardino Guajardo (Ño Bernardino), en Rosa Araneda, el Poeta costino, el Ñato Vásquez, en Juan B. Peralta y en Francisco Pezoa, el cantor de la pampa salitrera.

Poesía con frecuencia graciosa, crítica de costumbres o de características humanas, o bien narrando un hecho que ha tenido resonancia, como el saqueo del 91, de Rosa Araneda o las décimas en que Peralta relata el temblor del 1.º de diciembre de 1876.

Sólo en Pezoa, al cantar la esterilidad de la pampa:

Canto la pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,

que de verdores jamás se viste,
en lo más bello de la estación.

En donde el ave nunca gorjea,
en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea
el cristalino bullir se oyó,

se observa el hondo sentimiento del hombre que ha tenido que abandonar su tierra campesina, en busca de una vida más holgada, pero al mismo tiempo más llena de sobresaltos y avatares.

Como en aquella estrofa del campo de Chillán, citada por Acevedo Hernández, que resume en la sencillez de sus octosílabos, la tragedia de la raza entera:

Yo vi la muerte en un vaso,
la mar en un caracol
y todo el dolor del mundo
aentro de un corazón.

Yo vi la muerte en un vaso. Es decir, la tragedia incubada frente al mostrador de una cantina. El líquido que se mueve en el vaso; los ojos aviesos del rival y el cuchillo que surge a una palabra hiriente y la sangre que salpica las ropas y la mesa donde beben,

La mar en un caracol. Evoca la vida vagabunda, el eterno moverse del campo a la costa, de la costa a la cordillera, del mineral a las salitreras. Y el caracol, encontrado en el azar de la caminata junto a la playa, mojado con la espuma de la ola que se retira y que el vagabundo ha echado en el bolsillo de su chaqueta raída. Y en el descanso de su faena lo pone, infantilmente, a su oído y el murmullo lejano del mar llena de recuerdos su naturaleza, agobiada por la vida.

Y todo el dolor del mundo, aentro de un corazón. Resumen de su descontento, de su cansancio de vivir que lo hace, en un

instante trágico, morder un cartucho de dinamita o clavarse un puñal, como el payador Taguada, al sentir su derrota.

Incluyendo los poetas cultos que han pintado el alma chilena, Pezoa Véliz, Ignacio Verdugo, Carlos Acuña y Tristán Machuca, no son sus interpretaciones sino hojas dispersas de un gran libro no madurado, gritos en el vendaval.

Esos poetas, los populares y los posteriores, no van hacia la creación del héroe, huaso o roto, Son como apuntes de un poema no organizado que espera la mano milagrosa de su creador.

En realidad, como un gran símbolo, subsiste la figura de Taguada, vencido una tarde de fines del otoño por el joven Javier de la Rosa, en una chingana del sur de Chile.

Hemos estudiado ya los hechos mismos, desde el punto de vista de la poesía popular, en Argentina y en Chile, poesía que lógicamente y de acuerdo con la observación de Miguel de Unamuno, tanto en la pampa como en el campo chileno, tiene su origen en la poesía popular española de la época juglaresca y en sus transformaciones posteriores de tipo popular, las coplas de Mingo Revulgo y del Provincial, en la segunda mitad del siglo XV, que florece en el desastroso reinado de Enrique IV, el Impotente. Y este sentido, también la evolución de esta poesía en la Península, recuerda mucho más el carácter que ha tenido en Chile que en Argentina.

Agotado el tema heroico, los poetas de los cancioneros, probables autores de las anónimas coplas ya citadas, se limitan a zaherir a la corte y a las costumbres de la época, con epigramas y alusiones desfachatadas.

Pero en el medio americano, como anotamos en un comienzo, estas influencias telúricas, a las cuales el conde Keyserling atribuye profunda influencia, han provocado, sin duda alguna, las consecuencias de carácter social que estos payadores interpretan.

La pampa ha moldeado el tipo heroico del gaucho, pero debemos descontar, como es lógico, la raza de Cuyo, cercana a

nuestro límite, cuyas costumbres recuerdan en muchos aspectos las características del campo chileno.

La llanura, mullida de pastos, peinada por los vientos y cruzada por el galope de los baguales y el trote sin gracia de los ñandúes, bajo el vuelo lento y oscuro de los caranchos, fué para el gaucho algo así como la palpable realización de su vida, refugio y complicidad, al mismo tiempo.

Crimen o robo, en la faena de esquila o de rodeo, cometido por el gaucho tenía la llanura por salvación.

Allí estaba el flete, alimentándose en el pastizal, sujeto por el lazo, mientras el jinete cortaba los vellones o bebía caña en la pulpería. Bastaba la colocación del freno y el salto del gaucho sobre la silla para que el caballo, golpeado por el talero, tomara la huella y huyendo hacia el sur, hacia las nubes lejanas, dormidas como grandes montañas en el horizonte o hacia la Cruz del Sur, en la sonora noche pampeana que, a cada legua de tenaz galope, abría más y más sus aspas diamantinas.

Y la llanura, no sólo daba impunidad en el vasto silencio de sus pastos, sino alimento en el vacuno arisco y la viabilidad en el potro salvaje, siempre al alcance de un verdadero gaucho, por medio de la boleadora, astuto lazo indígena, no limitado como el otro por la argolla del pegual.

Y como un refugio extremo, así se ve en el Martín Fierro, las tolderías movibles de los indios, infladas por el viento de la pampa, que siempre recibían con alegre chivateo al gaucho malo, al gaucho matrero, elemento utilizable en las malocas y ataques a los fuertes y campamentos recién fundados.

Y aun más. La pampa desarrollaba, sin traba, una libertad salvaje, el germen mismo del heroísmo sin contrapeso alguno, pues la justicia del comisario difícilmente podía ejercerse sobre él, ni menos el castigo del patrón o dueño de la estancia por el delito cometido contra la propiedad.

No sufrió el gaucho, especialmente en la primera etapa de la colonización de las estancias de la pampa, el grillo del sala-

rio o la esclavitud del inquilino, sometido, para vivir, a un trabajo continuo, muy cercano al concepto de esclavitud.

En el fondo, trabajaba cuando quería, sin trabas ni obligaciones y el patrón tenía que aceptarlo con todas sus arrogancias y quisquillosos arranques caballerescos.

Así, en el caso del gaucho matrero, escapado de la estancia, si volvía no era un vencido sino un triunfador, dispuesto a servir a Rosas o a Facundo Quiroga con su astucia de jinete, de vaqueano o de rastreador.

La pampa, como moldeadora de su individualismo heroico es un hecho tan significativo que hasta en la vida chilena ha tenido su influencia.

Cuando O'Higgins y San Martín preparaban la expedición libertadora al Perú, en el sur de Chile se alza Benavides con las indiidadas pehuenches en contra la República naciente.

Benavides da a su ejército un carácter monárquico y católico. Tiene el dominio de la costa de Arauco y en la cordillera lo apoyan las bandas heterogéneas de los Pincheiras.

A pesar de que la masa del ejército chileno se embarca para el Perú, Benavides es fácilmente vencido en las Vegas de Saldías.

Los Pincheiras, en cambio, descolgándose por las vertientes orientales de la cordillera, resisten muchos años a las tropas de Prieto y de Bulnes. Y es la pampa la que les da la fuerza de resistencia que en los campos chilenos no habían tenido; es decir, se alejan para mantener su individualismo, el vigor de su independencia, su cohesión de grupo y tratar de igual a igual con el jefe vencedor en forma tal que el último de los Pincheiras, que se entrega voluntariamente a Prieto, se constituye hasta el fin de sus días en administrador del fundo de Prieto en el sur de Chile.

En Chile, el fenómeno es diverso.

La configuración del país, el valle central es un camino entre el granito nevado de los Andes y las colinas estériles de

la cordillera de la costa, tajado por ríos correntosos, por innumerables torrenteras y esteros, gargantas angostas y quebradas profundas, oponen dificultades a cualquiera fuga.

Para librarse de la persecución más sencilla necesita el delincuente esconderse como un zorro en lo más abrupto de los cajones y quebradas, en el seno de la selva, densa de quilatanres y enredaderas o juntarse en grupos formando partidas de bandidos, como la de los cerrillos de Teno, la partida al alba de Neira.

La falta de horizonte, el muro hosco del rincón, concentrará su alma elemental en mil argucias, en astutos rodeos o en actos de un heroísmo desorbitado.

El caso del huaso Rodríguez sería típico.

Mata a un hombre en una trilla, en Lolol. Atraviesa al galope el valle central y sube rápidamente a la cordillera por el boquete del Planchón.

A pesar de eso, los policías rurales de Curicó logran darle alcance, en el instante en que Rodríguez llega a un precipicio. Abajo se abre el arenoso lecho de un río. Rodríguez no se arredra. Clava espuelas a su caballo y se precipita en el vacío. El caballo se descalabra pero el jinete logra atravesar la cordillera hacia la libertad de la pampa argentina.

Así lo describe Pérez Rosales y lo aprovecha, más adelante, Maluenda, en su novela «Perseguido».

Su personalidad, fuera de Chile, se agrandará virilmente y en las luchas intestinas de Cuyo, llegará a ser algo así como el lugarteniente del famoso cura Aldao.

El medio ha plasmado la personalidad del gaucho y del huaso, dándole a aquél una alta significación racial y rebajando a éste a una categoría de servidor, como ya lo anota sagazmente Darwin en su «Viaje alrededor del mundo».

«Las gradaciones de rango, dice Darwin, son aquí mucho más marcadas. El huaso no considera a todos los hombres como

iguales suyos y me ha sorprendido ver que a mi compañero (se refiere a sus guías) no les gustaba comer al mismo tiempo que yo».

Y agrega, en seguida:

«Este sentimiento de desigualdad es consecuencia necesaria de la existencia de una aristocracia del dinero, dueña de la tierra».

De aquí que el huaso, al emigrar por cualquier motivo hacia la ciudad y hacia las minas o salitreras, se transforme en el roto, desconectado casi por completo de la raíz nativa y en el cual el germen de rebeldía individual, que todos tenemos, se ha hecho desprecio a la vida y desafío fanfarrón a todo hombre bien vestido, al futre; al que considera, sin más reflexión, su enemigo en la vida social.

El gaucho, vencido o vencedor, no tiene esa evasión. No se desfigura, al acercarse a la ciudad, sino que permanece en un vigoroso relieve caracterológico, pues, el compadrito orillano, bailarador de tango, nada tiene que ver con el gaucho, inseparable de su caballo y de su decoración pampeana.

El cerro, el rincón, moldearán en el espíritu del huaso rincones y cerros de astucia. El zorro, animal de un individualismo indomable, ladrón y astuto, valiente y vigoroso, será, de este modo como un símbolo vivo del espíritu colectivo del campo chileno.

Siempre a la defensiva, infranqueable ante el patrón y ante las autoridades el huaso; altanero y fanfarrón, siempre en rebeldía, el gaucho.

Y en el primero, el espíritu de crítica será una alusión hiriente, un mostrar de dientes y cola entre las piernas, como la generosidad y el perdón serán las características del segundo.

También lo anota agudamente Darwin.

«El gaucho es un caballero, en el sentido primordial y tradi-

cional de la palabra, el hombre que monta a caballo, en contraposición a peón, que marcha a pie».

«Es un caballero, aunque sea un asesino, agrega. El huaso, preferible desde ciertos puntos de vista (se refiere a su humildad) no es nunca más que un hombre vulgar e hipócrita».

Y comenta luego, con su imparcialidad de hombre de ciencia:

«El gaucho se alimenta exclusivamente de carne; el huaso casi sólo de legumbres».

Y en las armas habituales del gaucho y del huaso, tales características psicológicas se acentúan aun más.

Franco en el facón, que es una evolución americana de la faca andaluza, pariente próxima del alfange moro y de la navaja de muelles; astuta en el corvo, disimulado en la mano, bajo el músculo como el aguijón de la abeja o la uña maestra del león.

Y aunque sus costumbres sean las mismas, el medio los hará diferenciarse sustancialmente en la técnica de montar y en la modalidad de su vestimenta.

El jinete, gaucho o huaso, adaptará la cabalgadura al medio, de acuerdo con el desarrollo natural de su vida rural. Y así como el gaucho llamará a su caballo pingo, cariñosamente, el huaso lo designará, con igual afecto, de manco.

El caballo pampeano tiene el mismo origen, árabe, andaluz, del caballo del campo chileno, pero la llanura y los cerros cambiarán las características del caballo peninsular, diferenciándose ellos, cada vez más de su progenitor español.

El caballo de la pampa, el pingo criollo, es de cabeza grande y alargada, como bebedora de distancias, de tronco prolongado y huesudo. Es el galope en el llano, a lo largo de la cinta de la huella que parte los pastos y los trigales, el rendaje, simple, abandonado en el arzón de la silla.

Su galope es de un compás tranquilo, el mismo durante horas y días. El objetivo está lejos, porque veinte leguas en la

pampa son poca cosa. Máxime, cuando el gaucho viaja con su tropilla y cada cierto tiempo escoge un caballo de repuesto.

Salva ríos, cañadones y colinas bajas, no hay obtáculos a su galope. Es casi como si marchara sin jinete, en la libertad de la manada.

De ahí, su mala rienda, su hocico duro, dicen los huasos, como arrieros de los vacunos, comprados en las estancias pampeanas para Chile, los han conocido bien.

La tierra quebrada de Chile, con caminos caracoleantes, que suben y bajan, faldeando cerros y cuestas, han hecho del caballo chileno un animal nervioso y obediente a la menor insinuación del jinete, por medio de la rienda.

Su cabeza pequeña tiene la vivacidad del pájaro que avizora, en lo alto de la rama del bosque; y por lo mismo que la uña ha de afirmarse en los desniveles de la cuesta, tiene su tobillo un sorprendente vigor muscular, como se ha visto en las carreras de salto de estos últimos años en los Estados Unidos.

Así se explica su vivacidad, su buena rienda y al mismo tiempo la silla pequeña, donde el jinete se asienta con firmeza, los músculos de las piernas aferrados como garfios a los flancos de la cabalgadura y los pies metidos en enormes estribos labrados, *los tarugos de madera de tres libras de peso de que habla Darwin.*

Y se comprende, porque en el estrecho sendero montañoso la rama espinuda del litre o del huingán rasguñarán la pantorrilla que resguardan perneras de cuero de cabro o esas polainas de lana verde o negras que vió Darwin en sus viajes por los campos de Chile, a principios del siglo XIX. Incluso, el medio y la técnica de montar diferenciarán la espuela, de enorme rodaja la de los huasos, chilenas las llaman en la pampa; y pequeñas como el espolín inglés las de los jinetes gauchos.

Y así, separados de su cabalgadura, indispensable complemento de ambos jinetes, el huaso aparecerá algo ridículo con sus enorme espuelas y su manta corta,

—Chimango desplumao, dirá el gaucho al verlo descender trabajosamente del caballo, trabado por sus tintineantes espuelas, es decir, traducido al chileno, tiuque con las plumas de las alas a medio crecer.

El gaucho, en realidad, no aparece sobre su pingo con el arrogante empaque decorativo del huaso; pero, en cambio, su ágil salto al caer a tierra, con sus bombachas y sus espuelas cortas son de una agilidad y bellezas superiores.

El huaso se vengará, entonces, caricaturando al caballo:

—¡Pa qué sirve ese caballo con cabeza de carnero, dirá despectivamente!

Sólo el poncho los unirá como un lazo familiar de América, sobre todo en los inviernos y en los viajes por las cordilleras, pues en el valle, la manta del huaso es una bandera multicolor que ondea al viento las chillonas franjas de su tejido.

En su calidad de arriero, el huaso cordillerano que en puestos avanzados de los Andes, cuida durante la época propicia, las ovejas y vacunos de los fundos del valle y de la costa, se acerca cada vez más al uso de la pampa, cambiando su pequeña silla del valle por los bastos de la silla pampeana, en cuyas caronas y lomillos están los útiles necesarios para improvisar una cama, donde la noche sorprenda al arriador o resero.

Y la acción transformadora del clima y de la tierra, aunque el origen sea el mismo en el gaucho y en el huaso, los diferenciará, psicológicamente, en forma considerable.

La pampa y su escenario grandioso harán del gaucho un héroe, primero en la poesía popular y luego en la literatura erudita.

Los Andes aparecen, en esa decoración, como una línea obscura y lejana, tocada de nieve.

La quebrada chilena, su enredo de valles y de cerros, tornará al huaso en un hombre socarrón y taimado, en cuya psicología predominan la resignación y la humildad.

Desde Chile, los Andes son un muro soberbio que empequeñece al hombre.

Martín Fierro y Lucas Gómez y en estos últimos tiempos Pancho Garuya, son, de esta manera, símbolos de la vida campesina.

La uniformidad del paisaje pampeano esculpirá al gaucho de una sola materia y en una sola pieza, de horizonte y abundancia, sin que cambie su característica histórica o se desdoble en otro tipo que no sea el gaucho y su caballo y su llanura.

El huaso, fundido en el rincón, sediento de horizontes, se doblará en el roto, a quien el mar, la mina y el arrabal urbano moldearán a su antojo, alejándolo cada vez más de su tronco originario.